



El Ministerio de Cultura difunde en Nueva York la obra del fotógrafo con una exposición plagada de despropósitos

CENTELLES

Para este viaje no hacían falta alforjas

Joan Fontcuberta

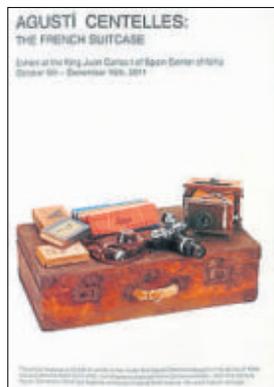
El fotógrafo y teórico Joan Fontcuberta, recientemente galardonado con el premio Nacional de Ensayo por el libro *La cámara de Pandora* (editorial Gustavo Gili), critica el "estrepitoso fiasco" de la exposición que el Centro Documental de la Memoria Histórica del Ministerio de Cultura español ha organizado en Nueva York sobre Centelles.



Si la búsqueda de un tesoro es un recurso recurrente en la novela de aventuras, el hallazgo de una maleta se está convirtiendo para la fotografía en otro fabuloso gancho. Mientras el MNAC expone *La maleta mexicana* con los clichés recuperados de Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour, el Centro Documental de la Memoria Histórica del Ministerio de Cultura —lo que conocemos popularmente como el Archivo de Salamanca— ha replicado en Nueva York con *La maleta francesa*. Acabo de regresar de la Gran Manzana, donde visité la muestra dedicada a Agustí Centelles, y para quienes viajamos con frecuencia y hacemos de los aeropuertos espacios de negociación con la Providencia, recuperar una maleta siempre es motivo de alborozo. ¿Cuánta debería ser, pues, la inquietud cuando la maleta desaparecida atesora negativos de un valor documental indescriptible!

La exposición tiene lugar en el King Juan Carlos Center de la Universidad de Nueva York y su título original, tal como consta en el catálogo, era *Centelles in-edit-oh!* (por si no lo pillan: *Centelles inédito*; en la publicación se justifica que el "oh" es una interjección que alude a sorpresa y admiración. Ingenioso, ¿verdad?). Es de suponer que los americanos alucinaron con el título y lo cambiaron por *The french suitcase* vinculándolo con *The mexican suitcase*, que se exhibió en el International Center of Photography.

Cuando estalló la polémica por el acuerdo de Sergi y Octavi Centelles, hijos y herederos directos del fotógrafo, con el Ministerio de Cultura, pensé que en la era digital la localización física de un archivo es lo menos importante, lo que interesa es el acceso a la información. En el caso Centelles concurrían apasionadas cuestiones sentimentales



y simbólicas, pero el tema neurálgico no era si el archivo se quedaba dentro o fuera de Catalunya sino si el archivo seguiría resultando funcional y eficaz. Me preocupaba que desde el ministerio y desde el futuro incierto del Centro Documental de la Memoria Histórica —sujetos ambos a vaivenes de ministros y a avatares de los partidos de turno en el gobier-

no— se olvidasen de la obra de Centelles, lo que equivaldría a que su archivo hubiese quedado enterrado en vida.

Por otra parte, el respeto y el aprecio hacia Sergi y Octavi, consolidado en numerosos proyectos de estudio y promoción de la obra de su padre, no obsta para que objete algunos de los argumentos que se esgrimieron. Pienso por ejemplo que se vendió el legado de Centelles por un plato de lentejas (sobre todo cuando se tiene en cuenta la cesión al ministerio de las contraprestaciones económicas por los derechos de autor). Pero si el tema monetario no era prioritario, como adujeron los herederos, sino que prevalecía una voluntad de difusión de la obra —que según ellos la Generalitat no había querido o sabido llevar a término—, el balance es aún más nefasto.

Los Centelles declinaron la propuesta de David Balsells, conservador de fotografía del MNAC, de realizar en el 2009 una gran exposición retrospectiva en el museo coincidiendo con el centenario del nacimiento del fotógrafo. Prefirieron exponer antes en la Virreina, con una novedosa lectura de la obra centellesca de la mano de Miquel Berga. Pero luego se quejaron de que Capa recibía mucha más atención y reclamaron mayor divulgación en el extranjero.

Bien, si la del King Juan Carlos Center es la importante exposición que debía celebrarse en Nueva York, estrella del compromiso del Ministerio de Cultura para promocionar internacionalmente la obra de Centelles, el resultado es un estrepitoso fiasco. Las ochenta obras seleccionadas no se exhiben en un museo o galería de prestigio sino en una discreta dependencia universitaria, un vestíbulo multiusos que conecta el control de seguridad del edificio con aulas y despachos; las fotografías están mal



colgadas, mal iluminadas, en medio de mesas y máquinas de café. La *museografía* es una caricatura, un trasunto de los salones organizados por los fotoclubs de aficionados en los años 60 y 70. ¿Es esta la estrategia para equiparar el trabajo de Centelles al de Capa? ¿Son conscientes los responsables de esa exposición del daño que se hace a la imagen de Centelles y a su valoración entre los expertos? Por suerte, la iniciativa ha pasado inadvertida; y esa escasa repercusión supone un alivio.

Pero si no hay nada recrimina-

¿Son conscientes los responsables de la muestra del daño a la imagen y valoración de Centelles?

ble a NYU, que se limita a acoger la muestra, otro cantar es la competencia del ministerio. Se ha editado un catálogo ambicioso en formato y extensión —aunque de diseño amuerado y traducción al inglés un tanto macarrónica—. El contenido se reduce casi a un mano a mano entre Joaquín Gasca Gil, comisario de la exposición y autor del texto introductorio, y Antón Gasca Gil, que firma cuatro de los siete ensayos restantes, amén de ser corresponsable del diseño y la maqueta. La aportación más valiosa es un rastreo de las fotografías de Centelles en revistas extranjeras durante la Guerra Civil y el semblante biográfico firmado por Rocio Alcalá del Olmo. Pero sorprende que esta introducción de Centelles al público neoyorquino carezca de una cronología detallada y de una bibliografía que permitan ahondar en el conocimiento de su obra. Sorprende también que en es-



NYU. Imagen de la muestra dedicada a Centelles en un vestíbulo de la Universidad de Nueva York

JOAN FONTCUBERTA

Molesta el tufo ideologizado que rezuman algunos comentarios vertidos en el catálogo

ta obra magna no se incluyan colaboraciones de los especialistas; por ejemplo, por parte española, de Teresa Ferré, la principal estudiosa de la obra y archivo de Centelles, y, por parte estadounidense, del profesor Jerald Green, quien ya organizó una muestra de Centelles en Nueva York hace 25 años.

Pero más que nada molesta el tufo ideologizado que rezuman algunos comentarios. No sé qué sentido tiene trasladar a la escena estadounidense las miserias de nuestros debates nacionales. Por ejemplo, especular sobre por qué a Cen-

telles el ministerio le concedió el premio Nacional de Artes Plásticas y en cambio la Generalitat no le concedió la Creu de Sant Jordi. Estoy convencido de que a los neoyorquinos eso les importa un pito. Pero es que además se omite decir que si el ministerio le concedió tal premio fue porque su candidatura había sido propuesta por Daniel Giralt-Miracle, a la sazón delegado de Artes Plásticas de la Conselleria de Cultura de la Generalitat. Gasca (Antón), que se dirige al lector en un plural mayestático que no sabemos si representa a los Gasca, al Archivo de Salamanca o al Club de Fans de Centelles, se atreve a sugerir que la polémica del caso Centelles se produjo porque en Catalunya estamos desinformados y nos han hecho creer que el archivo personal de Centelles era en realidad el archivo fotográfico del Comissariat de Propaganda de la Generalitat durante las postrimerías

de la II República. Tampoco eso es cierto ni se entienden esa guisa de comentarios en un libro científico cuyo cometido consiste en promover la aportación fotoperiodística de Centelles ante un público internacional que la desconoce; estorba perderse en unas justificaciones que no traslucen sino incomodidad o sentimiento de culpa.

El caso Centelles fue un desaguisado a tres bandas que ya es irremediable. Sin apelar a apropiaciones nacionalistas ni a sentimientos identitarios de un sitio o de otro, sino al simple respeto que debemos a una gran figura de la historia de la fotografía, quienes en definitiva quisimos tanto a Agustí como persona como admiramos su obra como fotógrafo, pensamos que su memoria merece mucho más: más rigor y menos chapuzas, más generosidad y menos cabezonería, más profesionalidad y menos instrumentalización política. ●